

bien satisfacerla. Abrid vuestros tesoros, ó! Salvador mio! haced vos mismo la aplicacion de aquellos meritos infinitos, que juntasteis; paguefe el delito para satisfaccion de vuestra justicia; pero salvese el pecador para honor de vuestra misericordia. Entonces la una, y la otra, segun la expresion del Profeta, estarán contentas, se abrazarán mutuamente. Necesitan los hombres de una especie de gracia, que, escusandoles del rigor de la penitencia, de que su flaqueza, y su relaxacion los hace ya casi incapaces, los empeñe por su propria utilidad, y por la facilidad del remedio á acercarse á vos, y aplicarse vuestras adorables satisfacciones. Hablad, Señor, hablad, vos vais á abrir el Cielo á la mitad del mundo.

Aksi, christianos oyentes, pueden defenderse los interesses de Dios abogando por la causa de los hombres; así ruegan los Santos. Qué no pueden alcanzar, quando hacen tales súplicas á un
Dios,

Dios, como el nuestro? Suben los suspiros, dice San Agustín, y baxan los milagros: *Ascendant suspiria, & descendunt miracula.* Con aquellas entrañas de misericordia, que pedia San Pablo á todos los fieles, muy distantes de desear, como los discipulos imprudentes del Evangelio, que baxe fuego del Cielo para devorar á los pecadores, entran en el espíritu, é intenciones del Dios de longaminidad; no murmuran contra la tierra perezosa, que nada produce, ó que solamente produce espinas; antes bien acuden al Cielo, y le piden la abundancia de aquel rocío, que puede por sí solo comunicarle la fecundidad. Substituyen las súplicas á la censura; sin alargarse á reprehensiones amargas, ó á odiosas declamaciones, recurren á aquel, que tiene en su poder todos los corazones, para instarle á que los convierta á sí; en fin, con una dulce violencia hacen, que se le caygan de las manos los rayos vengadores, que estaba para fulminar

sobre los pecadores. Prosigamos.

Caridad desinteresada. En esta admirable aparicion, de que acabo de hablar, mandó Jesu-Christo á su siervo, que le pidiese lo que gustasse, y le aseguró, como á otro Salomón, que estaba pronto á no negarle cosa alguna: *Postula, quod vis, et dem tibi.* Ved, pues, á Francisco dueño de todos los dones del Cielo; no tiene mas que hacer, que desear, y explicarse para ser dichoso. Hà! Amados oyentes míos, qué ocasion tan favorable para hacer una súplica! Pero qué huvieramos nosotros pedido en una ocasion semejante? En este caso los mayores Santos solamente piensan en sí mismos. La caridad para consigo mismos pareceria pedir, que no se echassen en olvido. Ezequiél pidió la curacion de una enfermedad. David pidió la victoria contra sus enemigos. Elias pidió la muerte. Salomón pidió la sabiduría. Moysés pidió la gracia de ver á Dios. Nosotros pedimos todos los dias

las virtudes, de que tenemos necesidad. Buenas son estas súplicas, y el Señor las oye; pero hay súplicas heroicas, de que son capaces pocas almas. Francisco sin inclinacion, ni amor á sí mismo; sobradamente rico con su amada pobreza, que para él es todo; ocupado solamente del deseo de la gloria de Dios, y de la salvacion de las almas, limita su súplica á la utilidad espiritual del proximo, y pide una Indulgencia. Olvida todos sus intereses, olvida todos los adelantamientos de sus amados hijos, olvida todas las necesidades de un Orden, que acaba de nacer, establecido sin otros fondos, que la providencia, y que tiene necesidad de mil socorros celestiales, de mil socorros humanos; todo lo olvida para pensar; en quién? para pensar en vosotros, amados oyentes míos, para pensar en mí, para pensar en todos los pecadores, que vivirán hasta el fin de los siglos. Há! Grande santo! Qué

sentimientos de agradecimientos no deben penetrar nuestros corazones! Si el Padre nos amò tanto, que llegó á sacrificar por nuestra felicidad el bien de sus propios hijos, qué no deberèmos nosotros hacer el dia de hoy por los hijos en reconocimiento del amor, y de el sacrificio del padre?

No se contentó con esto su desinterés. Podia, y tenia derecho para esperar alguna utilidad temporal de la publicación de su Indulgencia. No ignoraba, que las que poco antes se havian publicado para las Cruzadas, havian ido acompañadas de la obligacion de dár alguna limosna, por las razones de que hablarè despues. El mismo Summo Pontifice Honorio le instò á que se conformasse en esto con un uso autorizado por la Iglesia, que juzgaba justo hiciessen los fieles participantes de sus bienes terrenos á los pobres, para merecer, siendo ellos mismos pobres, tener parte en las riquezas espirituales.

rituales de Jesu Christo. Mas el santo, amante de la pobreza evangelica, que busca almas, y no limosnas, desecha todas las condiciones gravosas, hace su beneficio absolutamente de gracia, quiere poder decir con el Propheta: Acudid todos los sedientos, acercaos á las fuentes de la gracia, comprad sin cambio, y sin dinero el vino, y la leche, que la misericordia del Omnipotente hace correr para beneficio vuestro: *Venite, emite absque argento, & absque ulla commutatione vinum, & lac.* Acabemos.

Caridad universal. En la resolución de procurar el bien ignoran las grandes almas lo que es acepción de personas. Tienen presentes todos los tiempos; se reproducen en todos los lugares; saben hacerse utiles á todas edades, sexos, y condiciones; abrazan generalmente á todo el universo. Tal fuè tambien la caridad, de que nos dá testimonio Francisco en la Indulgencia

gencia, que pide para beneficio nuestro: Podemos atribuirle aqui con justicia el elogio, que hacia de San Pablo su admirador San Juan Chrystostomo: *Hujus anima universo patebat orbi.*

En efecto, otras indulgencias son solamente para algun tiempo, solamente para algunos lugares, solamente para algunas personas, solamente para algunas penas. Aqui la indulgencia es plenaria de todos modos. Ella no se limita à tiempo; debe durar hasta el fin del mundo, y por un privilegio singular, quando las otras indulgencias están suspendidas, como en el tiempo de jubileo, ésta es la unica que subsiste. No hay lugar en que no pueda ganarse; está esparcida en todas partes, en donde hay Iglesias de la Orden de San Francisco. No hay hombres, que no puedan aprovecharse de ella, seculares, regulares, justos, pecadores, vivos, muertos; à nadie excluye, sino à los bienaventurados, y à los conde-

nados. No hay delitos, que no puedan remitirse; solamente pide el arrepentimiento. No hay penas, que no puedan perdonarse; es la aplicacion total de las satisfacciones infinitas de Jesu-Christo.

Gracia tanto mas singular, quanto es la primera, segun lo que yo puedo juzgar, que se concedió passi sin limitacion, ni restriccion. Yo no sé, que antes de San Francisco de Assis se halle en la Historia Ecclesiastica vestigio alguno de indulgencia, que se haya concedido con toda esta plenitud. Asi vemos en la vida de este Santo Patriarca, que quando habló al Sumo Pontífice sobre la revelacion, que tenia orden de manifestarle, el Santo Padre manifestó causarle tanta admiracion, que fueron necesarios milagros para obligarle à confirmarla en toda su extension.

No omitámos cosa alguna. Es verdad que esta Indulgencia se limitò al

principio à sola la Iglesia de nuestra Señora de los Angeles; mas tardò poco en passar de esta santa capilla à todas las casas del Orden de San Francisco, por la comunicacion de privilegios, y por una liberal concession de muchos Papas. Podia la Iglesia hacer mucho à favor de esta célebre Religion, que esparcida por sus siete grandes brazos en todo el universo, vive en todas partes en un desprendimiento, y en una desnudéz de los bienes de la tierra, que seràn admiracion, y assombro, mientras tengan estimacion las riquezas. Podia hacer mucho por un Orden, cuyos exemplos de austeridad, y penitencia renuevan à nuestra vista la imagen de los antiguos Anacoretas, y nos dán en rostro de un modo muy sensible nuestra delicadéz, y nuestro horror à las mortificaciones. Satisfacen, amados oyentes mios, estos admirables Religiosos, animados con el mismo espíritu de caridad que su Padre; satisf-

tisfacen por los pecados, que no cometieron. Sus piadosas satisfacciones, superfluas para ellos, entran en los tesoros de la Iglesia: unidas à los meritos del Salvador, os descargan de las penas correspondientes à vuestros pecados, y producen la Indulgencia de este dia. Ellos trabajan, y vosotros os aprovechais de sus trabajos; ellos siembran, y vosotros cogeis; ellos padecen, y vosotros quedais libres: *Alii laboraverunt, & vos in labores eorum introistis.*

Esta ventaja, señores, es tambien fruto de la caridad de San Francisco. Pidiò una Indulgencia, y se empeñó à sí mismo, y empeñó à sus hijos à contribuir à vuestro descargo, y à satisfacer voluntariamente por vosotros. O! Dios mio! Qué ingeniosos expedientes no busca la verdadera caridad para hallar el medio de hacerse útil! De qué no es capáz un corazon, que os ama sinceramente, y que ama solidamente.

mente al proximo! Quántos pecadores, que no esperarían poder satisfacer á vuestra justicia, ayudados con esta Indulgencia, y sostenidos con la esperanza del perdon, han salido del cieno de los vicios? Quántos santos penitentes, despues de haverse aprovechado de este dón de Dios, han entrado en la gloria inmediatamente despues de su muerte? Quántos justos sacaron de este copioso manantial riquezas, que conservaron, y aumentaron hasta el infinito para la eternidad? Quántas almas, que estaban padeciendo en las llamas de la otra vida, purificadas de repente por la aplicacion de este beneficio, y cubiertas en un instante con la sangre de Jesu-Christo, quedaron libres de las penas del Purgatorio, y fueron introducidas en el descanso de los bienaventurados?

Mas nosotros, amados oyentes míos, mas nosotros, que admiramos la caridad de un santo, que emplea
toda

toda su mediacion en favorecernos, tenemos alguna pequeña centella de este fuego celestial, de que estaba abrasado? Trabajamos cada uno en nuestro estado en la santificacion de las almas? Apenas hay quien no deba dár cuenta de muchas. Tememos enredarlas, ò entretenerlas en el pecado por nuestra ciega insensibilidad, por nuestra indigna condescendencia, por nuestros malos consejos? Ayudamos á traerlas á los caminos de la virtud con nuestros piadosos exemplos, con nuestros consejos saludables, con nuestras ardientes oraciones? Dexaremos á la Iglesia á la hora de la muerte satisfacciones superabundantes, que puedan despues aplicarse á los Fieles? Ay de mí! Qué acabo de decir? Satisfacemos á lo menos por nuestros propios pecados? Nos dignamos siquiera de hacer lo poco que nos es necesario para apropiarnos las satisfacciones que se nos presentan? Me queixo de que no amamos á nuestros hermanos; há! Nos amamos

á nosotros mismos? Nos hacen alguna fuerza nuestros mayores intereses? Si nos la hacen, de donde procede nuestra indiferencia, nuestro disgusto, nuestra cobardía, quando se trata de usar de un remedio tan necesario, tan eficaz? Aprended por lo menos á amaros; aprended en el modelo de la caridad, que tuvieron con vosotros. Acabais de ver qual fué la de San Francisco al pedir la Indulgencia de la Porciuncula, pasó á mostraros tambien, cómo consiguiendo para nosotros esta Indulgencia, fortifica nuestra Fé.

SEGUNDA PARTE.

LA historia nos enseña, y vosotros sabéis, señores, que quando levantó Lutero el estandarte del cisma contra la Iglesia, dió principio á sus furiosas declamaciones, hablando desenfrenadamente contra las Indulgencias. Todos los herefiarchas, que le han seguido, dig-

nos hijos de tal padre, se han aplicado, cada uno en su secta particular, á impugnar con todas sus fuerzas este dogma de nuestra santa Religion. Mas, ò! admirable disposicion de la divina Providencia, que vela muy de antemano para la conservacion del deposito de la Fè! Francisco de Alsis, por la concession de la Indulgencia de la Porciuncula, refutó casi tres siglos antes las dificultades, que los hereges havian de objetar despues, respondió con anticipacion á sus cabilaciones, y nos asseguró en la creencia de un articulo capital de la tradicion apostolica. Me detendré mas en este punto de controversia, porque rara vez se trata de él en los pulpitos; porque generalmente hablando, se tiene poca instruccion de él, porque muchas personas bien intencionadas padecen incertidumbres en esta materia, y porque tambien he observado, que por muy firmes que estemos en los sentimientos catholicos, experimentamos siempre un consuelo in-